

WA
Últimos días de Warla Alkman

IRENE ZOE ALAMEDA

WA

Últimos días de Warla Alkman



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la colección: RQ

Diseño de la cubierta: Edhasa

Ilustración de la cubierta: Lucila De Pasquale

Primera edición: noviembre de 2013

© Irene Zoe Alameda, 2013

© de la presente edición: Edhasa, 2013

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso, unidad C
C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-350-1081-8

Impreso en Nexus/Larmor

Depósito legal: B. 24.078-2013

Impreso en España

The flood it is gathering
Soon it will move
Across every valley
Against every roof
The body will drown
And the soul'll break loose
I write all this down
But I don't have the proof.



(Leonard Cohen - *Book of Longing*)

—¿Vas a confesar de
una vez de quién es la
autoría de esta obra?
—Juro por mi conciencia
que no tengo ni idea de
quién la ha hecho.

Últimos días de Warla Alkman

(Una recopilación de grabaciones, experiencias,
fotos y manuscritos)

Por Fracques A.

Nadie me sacó una foto

Imaginen a un hombre envuelto en un abrigo desproporcionado tratando de rescatar los restos de un manuscrito, sus hojas arrastradas por las corrientes del deshielo. Pese a estar en el Polo, no hay pingüinos, como tampoco hay osos. Una foca, arremolinada por lanzadas de espuma, lo mira hacer con indolencia, lo ve de rodillas, aferrados una mano y los pies al borde de la nieve, sujeto a la tensión impotente del brazo libre que se estira hasta el calambre para atraerse alguna esquina de papel.

Al final, en una torsión invisible, el hombre pierde suelo, ceden las orillas y cae al agua. El contenido formidable del abrigo se alía con el peso de la densidad deshelada y absorbe su cuerpo como una canica. Entre la literatura de una muerte por agua y la vida, el hombre elige la segunda, y se escurre de un sorbo de la prenda que a punto está de ser su mortaja. Cuando reasoma la cabeza para respirar, a su alrededor sólo ve hojas de papel con la tinta corrida y restos de ceniza, por todas partes.

Ese hombre que han imaginado y que soy yo, se llama Fracques, espía, editor y tal vez artífice de este libro. En ocasio-

nes fue guardaespaldas del objeto de su persecución e imperceptible acoso. Este epílogo le ha costado todos los dedos de un pie, y le ha obligado a pasarse en la clandestinidad un tiempo impensado tratando de reconstruir las piezas de un puzle que apenas en algunos episodios ha creído descifrar.

Bloque cero

I. AGO.— A partir de ahora usted se llamará Warla Alkman.

WARLA ALKMAN.— Y usted será...

I. AGO.— El Rey.

W. A.— ¿Por qué Warla Alkman?

REY.— Es el seudónimo que siempre utiliza usted para presentarse a los premios. Y sé que sus amigos más cercanos emplean ese nombre.¹

W. A.— El Rey... ¿Me recuerda?

REY.— He leído todas sus obras: sus novelas, sus artículos, sus poemas, sus relatos.

W. A.— Me refiero a si me recuerda en persona. Ésta no es la primera vez que nos vemos.

REY.— Sí, la recuerdo, Warla.

W. A.— Se me hace raro que usted me llame Warla.

REY.— El nombre lo ha inventado usted. Sea usted Warla también para mí.

W. A.— ¿Me recuerda de algún lugar en concreto, entonces?

1 Reproducción de la transcripción del encuentro entre el Rey y Warla Alkman, perteneciente a los *Archivos del material oral*. Este documento recoge las transcripciones automáticas de todas las conversaciones relacionadas con el caso.

REY.— La recuerdo como una chica muy joven intentando darle un taco de hojas a mi colega...

W.A.— ...el verdadero rey.

REY.— Bueno, yo también me he comprado mi isla, en mi caso es Oval.

W.A.— Ah, «Majestad»...

REY.— ¿Qué le dijo mi colega en Bonn? ¿O fue en Colonia? No creo que le cogiera sus textos.

W.A.— Me dijo: «Sólo usted sabe si es o no una verdadera escritora. Yo no voy a leer su manuscrito. Búsquese la vida usted. Convenza a un editor, consiga publicarlo. Entonces lo leeré».

REY.— ¡Qué pedante!

W.A.— ¿Qué es exactamente lo que usted quiere que haga?

REY.— Desenmascarar la identidad de Amy Martin.

W.A.— Eso no suena muy ético. Precisamente en usted...

REY.— Las personas cambiamos.

W.A.— Las personas disimulamos, pero cambiar...

REY.— Usted todavía es muy joven, pero debe saber que el conocimiento se fusiona con el carácter.

W.A.— Por eso aprendemos a disimular, porque adquirimos el conocimiento de la farsa. Y por lo que veo, en esta farsa Amy Martin será la víctima; su... «Majestad», el verdugo. Y yo...

REY.— No quiero que me malinterprete. A mí la señorita, o señora Martin me trae sin cuidado. El problema es que va a heredar un manuscrito que debería ser mío.

W.A.— ¿De qué manuscrito se trata?

REY.— Del último manuscrito de Graham Greene.

W. A.— ¿Y para qué lo quiere?

REY.— Ya sabe que soy un bibliófilo. Llámelo superstición, o manía, pero para iniciar un nuevo libro necesito tocar el manuscrito de algún escritor... algún escritor muerto, quiero decir... Tal vez, quién sabe, tal vez, de esa forma toda la *energía* de aquel otro me sea transferida... Ahora estoy bloqueado. Lo necesito.

W. A.— Entiendo. El rey de la isla Oval colecciona manuscritos, a imitación del verdadero rey de la isla de... Y las gestiones que ha debido llevar a cabo para conseguir el manuscrito de Graham Green no han surtido su efecto...

REY.— El fiduciario que hasta ahora ha tenido el manuscrito ha sido un sacerdote católico, el último asistente personal y confesor de Graham Greene. Y ese viejo, ahora moribundo, que ha mantenido su identidad oculta toda la vida, ha decidido donarle a ella «mi» manuscrito.

W. A.— Pero ese manuscrito, ¿tiene alguna relación concreta con usted?

REY.— Directamente no, pero desde luego con ella tampoco: Amy Martin es una vulgar autora de *best sellers*. Ella no merece ese legado. No lo merece. Su escritura es caprichosa, vulgar, inconexa. Se nota en cada una de sus líneas que no se esfuerza. Hay mucha vitalidad en su escritura, eso no se puede negar, pero ¿y si se documentase más para cada libro? ¿Y si fuese más exigente? ¿Y si recogiese mejor el legado de los que la preceden? No me gustan sus novelas, no me gustan sus artículos, ¡no me gustan!

Y no logro entender por qué les gustan a las decenas de miles de idiotas que la compran.

W. A.— Tal vez porque hay más lectores idiotas que lectores listos que le compran a usted.

REY.— No se equivoque, yo soy un escritor muy rentable. Me leen auténticas masas.

W. A.— Bravo por usted.

REY.— Mire, Warla, con respecto a ese manuscrito temo que esa descerebrada lo plagie, que lo rehaga en una versión «posmoderna», o «afterpop», que se burle de él, temo cualquier cosa.

W. A.— El asunto es que el sacerdote, el enfermero, o amigo de Graham Greene ha decidido entregarle a ella, y no a otra persona, ese manuscrito. ¿No cree que los moribundos se han ganado el derecho de elegir a sus herederos, del mismo modo que Greene eligió como custodio a su confesor?

REY.— Los moribundos no están en uso de sus facultades. Ya no le dan importancia a nuestro mundo.

W. A.— ¿Y qué tiene que ver la identidad de Amy con las facultades mentales de Greene?

REY.— ¿De Greene o del cura?

W. A.— El cura ha sido el heredero de Greene. Hasta ahora.

REY.— Qué extraños son sus procesos mentales, Warla. No es que estén mal, se salta estadios de la lógica. Por eso las novelas que usted lleva publicadas se venden poco.

W. A.— ¿Qué tiene que ver la identidad de Amy Martin con el cura moribundo?

REY.— No se impaciente, ya voy a eso: quiero que intercepte el manuscrito y frustre esa entrega.

W.A.— ¿Y Amy Martin? ¿Por qué quiere que revele la identidad de Amy Martin?

REY.— Porque es la curiosidad la que ha alimentado su fama, no la calidad de su obra. Cuando se sepa quién es, su prestigio se derrumbará como un castillo de libros. Se está riendo de todos nosotros, se ha ahorrado lo peor, que es convivir con la fama, y con su invisibilidad nos ha convertido a los que damos la cara ante nuestro público en bufones de la literatura. Quiero obligarla a mostrarse, quiero verla cometer errores en la promoción de sus novelas, que se conozcan las mediocridades de su vida íntima, quiero magnificar sus inseguridades... Bajo la atenta mirada pública, a lo largo de los años envejecerá, y el paso del tiempo y su falibilidad le devolverán a su verdadera escala humana. Gracias a su estrategia de ocultamiento se ha convertido en una leyenda, pero ella está viva.

W.A.— ¿Le resulta aberrante que alguien pueda disfrutar de la gloria sin haber muerto? Descuide, ella sólo accede al poder, no a la gloria. Usted también es poderoso.

REY.— ¿No son lo mismo el poder y la gloria?

W.A.— Lea usted a Graham Greene... En todo caso, yo no conozco a Amy Martin. ¿Por qué ha pensado en mí?

REY.— Usted reúne todos los requisitos para esta encomienda: es una experta en literatura anglosajona, incluido Greene, incluida Martin. Y ha publicado todas las entrevistas de ella, sólo se las ha concedido a usted.

W.A.— Pero me las ha respondido por *e-mail*.

REY.— ¿No sabe dónde vive?

W.A.— Nunca se me ocurriría preguntarle dónde vive a alguien como Amy Martin. Es una pregunta irrelevante, irrisoria.

REY.— Usted conoce sus intereses. Las dos son feministas.

W.A.— ¿Amy Martin y yo? ¿Feministas?

REY.— He hecho mis propias pesquisas, he consultado con varios editores y periodistas. Todo lo que he investigado por mí mismo me ha llevado a usted.

W.A.— ¿Y si el manuscrito que usted busca acaba siendo una falsa atribución?

REY.— Ahí es donde usted también encaja. Usted sabe mucho sobre literatura inglesa del siglo pasado. Si el manuscrito es falso, usted lo demostrará.

W.A.— Haber publicado estudios sobre Greene no me capacita para interceptar un manuscrito. Tampoco para robarlo.

REY.— ¡Por favor! ¡Yo no le estoy pidiendo que lo robe! Quiero saber qué contiene... Si es una buena novela, si unas memorias, si unos papeles sin argumento... Si usted captara para mí ese manuscrito, la firma editorial de mi Reino Oval le publicaría una edición con su propio estudio sobre el nuevo texto de Greene.

W.A.— En cualquier caso, esos papeles que quiere que robe no son suyos.

REY.— Usted sería la primera persona en analizarlos; sus ojos averiguarían el contenido de esas páginas.

W.A.— Le repito que yo no soy la voz más autorizada sobre Greene.

REY.— He leído sus artículos sobre la evolución psicológica de sus narradores. Acerca de la escisión «intencionalidad literaria—pertinencia moral».

W. A.— Mi especialidad son los contenidos poéticos en la prosa de Greene, la prosificación de sus poemas, incluidos los de *Babbling April*.

REY.— Bah, Graham Green no es un poeta.

W. A.— ¿Tampoco Cervantes? ¿Ni Faulkner?

REY.— Ningún novelista es un poeta, por mucho que se empeñe. Además, la poesía no va a ningún sitio.

W. A.— ¿Y si el último libro de Greene, al igual que el primero, es poesía? ¿Quedaría decepcionado?

REY.— No sé qué quiere que le conteste.

W. A.— ¿Ha probado a ofrecer un precio por ese manuscrito? Podría comprárselo a Amy Martin.

REY.— No, no, ni hablar, en eso ya he pensado. Una mujer multimillonaria y orgullosa, como ella debe de ser, querrá quedarse con un legado tan emotivo. Convertirse en albacea del legado oculto de Greene no deja de tener su significación. Además, esa escritora al menos triplica mi fortuna, el dinero jamás comportaría un valor para ella. O lo hago público yo, o lo esconderá ella.

W. A.— ¿Alguien sabe que quiere contratarme?

REY.— Por supuesto que no. Nadie sabe que estoy detrás del manuscrito.

W. A.— ¿Alguien en concreto le ha reforzado en la idea de que yo sé algo de Amy?

REY.— ¿Por qué quiere saberlo?

W.A.— Es que ya se lo he dicho: probablemente soy la persona que menos sepa quién es Amy Martin.

REY.— Pues investigue, eso es lo que quiero que haga. Hable con su agente, con sus editores en todo el mundo, oblíguelos a hablar. Escríbale cartas, o *e-mails*, hágale confiar en usted... Engañela... Interésese por el manuscrito. Sólo usted puede averiguar algo.

W.A.— ¿Y qué hará «Su Majestad» si no acepto?

REY.— Contrataré a un «especialista»... «eficaz». He confiado antes que en nadie en usted porque es una experta en ambos temas y podría resolver este rompecabezas sin hacer ruido. Un «especialista» podría hacer daño a alguien, es como curar una herida arrancando la piel de alrededor. Me gustaría que este caso afectase al menor número de gente posible.

W.A.— Déjeme pensarlo.

REY.— ¿Pensar qué?

W.A.— Si voy a aceptar este trabajo.

REY.— Le pagaré todo lo que me pida.

W.A.— No es cuestión de dinero.

REY.— Ah, ¿no? Vaya... Bah, usted es joven. Estará usted escribiendo algo nuevo, ¿no, Warla?

W.A.— Siempre estoy escribiendo... El problema es que para resolver el caso que «Su Majestad» me presenta, que en realidad son dos casos, tendría que dejar de cumplir mis planes.

REY.— ¿Tenía usted planes? ¿Para ahora mismo?

W.A.— Sí.

REY.— Seguro que pueden esperar.

W.A.— Para localizar ese manuscrito necesitaría viajar y entrevistarme con gente que puede darme pistas. Necesitaría averiguar con exactitud cuánto saben los demás sobre Amy. Además, usted no debe de ser el único en perseguir ese manuscrito. Hay más como usted, cada país tiene al menos uno...

REY.— ¿«Uno» qué?

W.A.— Un fetichista de los escritores muertos... ¿No conoce a más como usted?

REY.— Bueno, bueno, sé que mis propósitos no son demasiado honorables, pero en la medida de lo posible, no me insulte.

W.A.— ¿Y cómo se ha enterado de que ese sacerdote se ha puesto en contacto con Amy?

REY.— El rumor se ha hecho público hace un par de días, se sabe en el mundo editorial.

W.A.— Si usted está detrás de este asunto, otros pueden estar también interesados. Es cierto que la identidad de Amy es muy jugosa, debe de haber no sólo escritores, sino sobre todo muchos periodistas detrás de esta noticia.

REY.— Eso es verdad.

W.A.— Si quiere que esto salga bien, es imprescindible que, además, me cerciore de que no hay nadie más metido en el caso.

REY.— ¿Ve cómo usted es la persona indicada para esta misión?

W.A.— Sí, sí... De todas formas creo que podría contratar a otro...

REY.— ¿Por qué? El dinero para mí no es problema.

W.A.— Es que ahora no estoy bien. Estoy triste... No estoy.

REY.— ¿Es por lo de su hermano? Sé que era un músico y un acróbata admirable. Lo siento, la acompaño en el sentimiento.

W.A.— Veo que sus contactos lo mantienen informado incluso de lo irrelevante.

REY.— Irrelevante para mí, querrá decir. Ha sido un amigo común quien me lo ha contado.

W.A.— Es toda una sorpresa descubrir que compartimos amigos.

REY.— Mire, lo que le conviene es distraerse, devolverse a la vida. Nada de lo que ahora escriba, bajo la carga de la pesadumbre, puede tener valor. ¡No escriba ahora, no escriba! Pero esto son cosas que usted ya sabe... Usted piense en el bien de su literatura.

W.A.— Por último, acabo de llegar de un largo viaje, ni siquiera ha sido un viaje porque no vivo mucho tiempo en ningún sitio... Me siento enferma, estoy cansada.

REY.— Pues presenta usted muy buen aspecto. Siempre está usted guapa.

W.A.— ...

REY.— ¿Y dónde ha estado?

W.A.— ¿Qué más da?

REY.— Haría mejor en decirme que no es asunto mío.

W.A.— No es asunto suyo.

REY.— En cualquier caso, sabiendo que estaba donde no es asunto mío, le agradezco que haya tardado un par de días en venir nada más.

W. A.— Para poder cumplir con lo que se me encomienda, debo saber cuál de los dos objetivos está supeditado al otro. En primer lugar: el manuscrito es una excusa para llegar a Amy. Sin él, no habría movimiento en el mundo literario que pudiera conducir hasta ella: ella está autoborrada, no hay pistas, y puede que gracias a la entrega clandestina de ese manuscrito se abra alguna senda. En segundo lugar: la recepción de ese manuscrito, desde una lectura simbólica, significa convertirse en depositario de una herencia muy valiosa. Su Majestad ha comprado la isla Oval, se hace llamar el rey de la misma. Pero hasta el momento, Amy Martin le ha ganado: ha vendido más libros, ha sido más representada, es la más leída. Y lo peor es que ha levantado un mundo de nuevos mitos, mientras que Su Majestad ha imitado los del viejo paradigma. Pero sin promoción, ella no existiría. Su Majestad lo sabe, y en ese terreno pretende ganar. Mediante contrapropaganda, pretende dañarla.

REY.— Soy yo quien la está contratando, Warla, no tengo que justificarme ante usted. Pero creo que ha exagerado mucho la supuesta aportación de Amy Martin a nuestra pequeña isla de la literatura. Es audaz, lo reconozco, y presenta sus ideas con frescura. Llega a ser tan precisa que deja sin réplica en la lectura. Pero como autora se ha limitado a rentabilizar el trabajo duro que hemos hecho otros. Sólo sabe imitar estilos, hasta los parodia.

W. A.— Le ha parodiado a ust... Su Majestad.

REY.— Mire, yo no me fío de ella. Del mismo modo que me ha parodiado a mí podría plagiar ese manuscrito, reactualizarlo y publicarlo con su nombre. Usted, Warla,

podría detectar la pluma de Greene en la obra de Amy, pero no habría forma de probarlo. Sólo el viejo sacerdote ha leído esa novela de Graham.

W.A.— Ha leído esa novela, o esos poemas de Graham, y ha elegido a Amy Martin como su nueva custodia.

REY.— Ese cura se está muriendo, ¡debe de estar senil!

W.A.— ¿Y Su Majestad no lo haría?

REY.— ¿Qué?

W.A.— Plagiarlo.

REY.— ¡Por supuesto que no! Graham Greene es un padre fundacional de la literatura contemporánea. Hay que respetarlo, hay que venerarlo. Es inimitable... Además, si yo lo hiciera, usted me denunciaría...

W.A.— Ya.

REY.— Bueno, ¿qué me dice?

W.A.— No acepto. Tenía el propósito de visitar a algunas personas, es algo que no puedo posponer. Se trata de amigos que me han sabido consolar en mi duelo. Quiero agradecerles su compasión y su amistad.

REY.— Vaya. Qué agradecida.

W.A.—...

REY.— ¿Y si le digo que le daré el ochenta por ciento de la suma del Gran Premio por adelantado? Para financiar esta misión le proporcionaré además una línea abierta de crédito.

W.A.— ¿No cree que se está pasando? No es cuestión de dinero.

REY.— Sé muy bien cuán exiguos son sus ingresos como escritora.

W.A.— Ahora estoy de duelo. Tengo que viajar a muchos países para visitar a mis amigos.

REY.— Yo le pagaré el recorrido mientras vaya realizando sus pesquisas. Se hospedará en hoteles de máxima calidad. Y a partir de este momento sólo viajará en Business Class.

W.A.— Su Majestad ha confesado que, de no aceptar yo, contratará a un «especialista». Estoy convencida de que cualquiera cobrará menos de lo que me está ofreciendo.

REY.— La he llamado a usted porque ese manuscrito es muy valioso y confío en su inteligencia. Tiene que ayudarme, no soporto estar a la sombra de esa farsante.

W.A.— Entonces ¿podré visitar a cuantos amigos tenía pensado?

REY.— Por supuesto. Pero mientras hace sus visitas y agradece los gestos de piedad para con su luto, investigue dónde está mi manuscrito.

W.A.— Esto no durará más de veinte días.

REY.— Imaginaba que aceptaría... Le he preparado una tarjeta de débito y otra de crédito, y también un pasaporte falso, uno de la isla Oval. Todo a su nuevo nombre: Warla Alkman.

W.A.— Ahora sé cuánto vale para usted la identidad de Amy Martin... cuánto la envidia.

REY.— Probablemente lo vale todo. Y créame que me va a salir barata.

W.A.— ¿Dónde puedo recoger el pasaporte y las tarjetas?

REY.— Lo encontrará todo en un sobre a la salida. Lo tenía listo desde esta mañana... «por si acaso». En cuanto

salga le haré la transferencia del ochenta por ciento del Gran Premio a su cuenta bancaria real. Espero que entienda que es mucho dinero.

W.A.— Si me disculpa, ahora debo irme.

REY.— Es mucho dinero... Intente no abusar en sus viajes... ¿A cuántos amigos piensa visitar? Siento que nos hayamos conocido así..., no sé qué pensará de mí, ofreciéndole una cantidad desmesurada por un asunto de esta naturaleza. No me juzgue por esta circunstancia, si puede.

W.A.— No soy quién para juzgarlo.

REY.— ¿No se ha formado una mala opinión de mí?

W.A.— Todos tenemos nuestra opinión.

REY.— Le pido que sea rápida. El viejo cura se debe de estar muriendo, el tiempo corre en nuestra contra. No se entretenga... tampoco escriba.

W.A.— ¿Cómo que no escriba?

REY.— No puedo arriesgarme a que alguien averigüe su verdadera identidad. Si escribiese a lo largo de este periodo, algún lector agudo podría intuir más adelante un trasfondo biográfico en lo que está usted contando, por muy metafórico que fuese. La experiencia siempre se revela en los textos. Es mejor que silencie este episodio, de lo contrario sería muy peligroso... peligroso para mi honor, y para el suyo también.

W.A.— No se preocupe, no dejaré ningún rastro.

REY.— Hay un transmisor que emite vía satélite dentro del sobre que le he preparado. Úselo. Estaré conectado veinticuatro horas al día. Infórmeme en todo momento... excepto cuando esté dormida.

W.A.— Sólo le informaré cuando haya realizado algún avance. Nunca antes.

REY.— Esta conversación...

W.A.— ... no ha ocurrido.

REY.— ¡Adiós!... .. ¡Eh, espere!
... ..
... ..

¡Fracas! ¡¡FRACAS!!

FRACQUES.— ¿Me llama, señor?

REY.— ¿Ya se ha ido ésa?

F.— Sí, con mucha prisa.

REY.— ¡Pues SÍGUELA!!

F.— Eso hago, señor.

REY.— Grrr.

F.— ¿Ocurre algo?

REY.— Es que creo que usted me ha estafado...

F.— ¿Por qué?

REY.— Por nada... ¿Lo has oído todo?

F.— Sí.

REY.— ¿Te ha quedado todo claro?

F.— Muy claro: que le va a pagar a ella cuatro veces más que a mí.

REY.— Porque ella tiene varias misiones y tú nada más que una: seguirla.

F.— Yo tengo cuatro misiones: encontrar el manuscrito; robarlo; averiguar la identidad de la escritora millonaria y seguir a la rara esta.

REY.— ¡Te advierto de que no admito regateos! ¡O aceptas la misión y la remuneración acordada, o te vas!

F.— Me he limitado a apuntar la cuestión. No he pedido nada...

REY.— Pues hala, vete, síguela.

F.— Tengo un problema con el pasaporte.

REY.— Ya te he emitido el pasaporte. Eres el ciudadano número tres de la isla Oval.

F.— ¿Y quién es el número uno?

REY.— Yo, ¡el Rey!

F.— *Mon roi*... claro. Y la número dos es Warla Alkman. Por cierto, creo que se dirige al aeropuerto.

REY.— ¿Quién, Warla? ¿Tan rápido?

F.— Pues sin mi pasaporte falso en regla, no la voy a poder seguir...

REY.— ¿Qué dices, gañán? Tu pasaporte está perfectamente. ¿O es que no te gusta dejar de ser francés por unos días?

F.— Siempre puedo usar mi pasaporte verdadero, pero en ese caso, dejaré un rastro, dejaré el rastro de Warla Alkman. Y entonces le descubrirán a usted.

REY.— Tú no vas a usar tu pasaporte verdadero porque está prohibido por tu contrato. Vas a usar el pasaporte de mi reino, y vas a montarte en el mismo avión al que se suba Warla.

F.— A eso voy. No es justo que, siendo usted rey en un reino de tres súbditos, yo sea un simple ciudadano. Hágame marqués, o conde. ¡O príncipe!

REY.— Pero ¿tú estás en tus cabales?

F.— No menos que usted. He leído que el rey verdadero al que usted imita tiene una cuadrilla de nobles que él ha nombrado a elección de ellos.

REY.— ¿No eres tú, precisamente, de un país de orgullosos plebeyos revolucionarios?

F.— ¿De esos orgullosos plebeyos que cortaron la cabeza a su injusto monarca?

REY.— ¿Me estás amenazando?

F.— Estoy negociando: no hay misión si no me hace conde, o marqués, o lo que esté más alto en la escala de la nobleza.

REY.— Eso es duque. ¡Si ni siquiera lo sabes!

F.— Así lo voy aprendiendo.

REY.— Ahora no puedo expedirte un nuevo pasaporte, tienes que comprenderlo. No me da tiempo. Súbete en el avión de Warla. Mañana temprano te enviaré tu pasaporte diplomático con tu tratamiento de gran duque. Adonde haga falta.

F.— Si mañana a las doce del mediodía no tengo mi pasaporte, no seguiré más a Warla.

REY.— Que sí, que sí, que lo tendrás... duque Fracas.

F.— Fracques. Mi nombre es Fracques.

REY.— Si te pones así, yo también te impondré mi exigencia: al igual que Warla, tendrás que dirigirte a mí con respeto. Me llamarás «Majestad»: «Sí, mi Majestad», «No, mi Majestad». ¡No! Mejor: «Su Majestad». Así es más ceremonioso.

F.— Si Su Majestad gusta que así lo llame..., *je serais le grand-duc Fracques*.

REY.— ¿Has llegado ya al aeropuerto? Oigo menos ruido.

F.— Acabo de parar la moto. La dejo en el *parking*.

REY.— ¡Sacarla va a salir por un ojo de la cara!